

CAPITULO IX.

La aurora del amor.

Lucrecia no sabía lo que pasaba por ella, no lo sabía. Filippo acababa de fijar su atención como jamás la fijara ninguno otro hombre; sin quererlo ni pensarlo recordaba todas las minuciosidades mas insignificantes de la rapidísima entrevista interrumpida por el acento de la campana que llamaba á la oración. La varonil hermosura del pintor, la firmeza de sus ademanes, el acento músico de su palabra, el fuego de su mirar, la expresión elocuentísima de sus ideas, la aureola resplandeciente de su genio, la nativa singularidad de su natural, cautivaron aquella alma extraña de Lucrecia que desde el nacer buscaba otra alma como la suya por los espacios del mundo.

Mas la infeliz no sabía en los primeros momentos cuanto acababa de sucederle. No presentía, no, como aquel interés iba á convertirse en verdadera pasión. Cuando hay temperamentos que se completan y se perfeccionan, aunque quieran cada uno de por sí apartarse del otro; jamás se apartan si alguna vez se encuentran. Lucrecia se deslumbró y en su desconocimiento de sí misma, atribuyó á efectos de admiración lo mismo que era ya puro efecto de amor. Fué al coro y parecía no separada del locutorio; unió su voz al rezo religioso, pero tuvo suspensa su memoria del profano encuentro; miró con místicos ojos el Cristo del altar mayor, y entre la imagen divina y la humana mirada se interpuso la figura del fraile tan realmente, que estaba viéndola como si fuera sombra enteramente proyectada por su propio cuerpo; entró en la celda y en ella entró también su idea fija, porque la llevaba en el alma; como era su única pasión desde aquel instante decisivo de su

vida, no podía de esa pasión apartarse, á no ser que se apartara y huyera de sí misma, unida ya indisolublemente por todas sus inclinaciones con aquel avasallador y peligroso artista.

Lucrecia no podía confesarse á sí misma que tal sentimiento se confundiera y se identificara con el amor. La idea de lo imposible se levantaba como infranqueable muro de bronce entre su deseo y su conciencia. Mujer de pasiones exaltadas, á pesar de esta exaltación, concebía la vida con toda la regularidad de las mujeres caseras. Creía el amor correspondido y satisfecho, la primera de las felicidades humanas; y porque lo creía, renunció á un matrimonio que le presentaba, honra, gloria, riqueza, influjo, poder, todo menos lo esencial á su alma, todo menos el amor. Y creyendo de esta suerte la vida, y tomándola en tal sentido y concepto, no podía, no, imaginarse que un hombre del cual su religión, su conciencia, sus ideas todas y todos sus sentimientos lo separaban, llegase á apoderarse de su alma, cuando por ningún concepto podía apoderarse de su vida ni unirse á ella con el único lazo que admitía para el amor y el matrimonio, por los votos y los juramentos eternos. Creía, pues, el amor necesario á la vida; pero el amor legitimado, el amor correspondido, el amor puesto bajo el amparo de la religión, el amor santo, el amor que podía confesarse ante el mundo como una honra y ante Dios como una virtud. ¿Qué felicidad cabe allí donde se encuentran los dolores mas acerbos, los remordimientos mas vivos? ¿Qué satisfacción podrá tener un corazón falto de la ajena estima y de la interna tranquilidad? El amor no puede aspirar á la dicha cuando no puede confesarse ni ante el mundo ni ante Dios. Tales eran realmente las ideas de Lucrecia, y por estas ideas, tan grande su desconocimiento de sí misma y tan perfecta la seguridad de que ninguna pasión, ninguna mas que el culto puro y desinteresado al genio, pudiera unirla con Fra Filippo Lippi.

Se engañaba, sin embargo; se engañaba tristemente. No sentía por el pintor ese culto desinteresado que el arte inspira; sentía la pasión de las pasiones, sentía el amor. Solamente que su íntegra conciencia, su pura virtud, su femenino pudor, su repugnancia instintiva á todo mal pensamiento le impedían darse cuenta de su estado, como esos éticos moribundos que suelen tomar el calor de la fiebre por el calor de la vida, y creerse mas sanos á medida que están mas enfermos. Desconocía su ser, desconocía su suerte, desconocía su corazón, desconocía su conciencia, desconocía todo su natural cuando ignoraba que iba á comenzar para ella ¡infeliz! un combate tan empeñado como el que terminara en la Iglesia de San Juan, pero mucho mas temible y azaroso. En el primer combate su alma entera la impulsaba con impulso incontrastable á romper un matrimonio rechazado por su corazón; en el segundo no; en el segundo para salvar su virtud necesitaba vencerse á sí misma, vencer la fuerza de su sangre enardecida, el arrebato de su corazón enamorado, la vivacidad de sus intintos enemigos, el imperio de su pa-

sion exaltada, la atraccion del placer irresistible, los infinitos elementos conjurados en su daño y poderosos á producir su perdicion y su ruina.

¡Extraño caso! Desde que vió á Filippo no deseó ver de nuevo al fantasma que tanto embargara su atencion, y tras el cual se habia ido volando su pensamiento. Pero le pareció que entre la voz de aquel extraño aparecido en las sombras de la noche y la voz de este extraño aparecido al través de las rejas de un claustro; que entre los ojos aquellos y estos ojos relampagueantes habia una secreta afinidad: idea que le trastornaba el alma y la sumergia en múltiples y contradictorias aprensiones. Tal estado se elevó á esas monomanías del entendimiento llamadas en lengua vulgar cavilaciones.

¿Cómo Filippo le despertaba esa idea de analogía? Pues se la despertaba sin duda alguna porque tenia con el aparecido semejanza: que en el mundo los recuerdos provienen de los parecidos y los parecidos provienen á su vez de los recuerdos, pues así como se asocian los séres en la realidad, se asocian las ideas en la memoria. Y ved ahí la curiosidad que atormentaba el alma de Lucrecia: saber cómo y por qué el fantasma le recordaba á Filippo y Filippo le recordaba al fantasma. Y allá en lo recóndito de su mente brotaban multitud de razones, á cual mas infundada, excepto la verdadera y única, la de que el aparecido de la noche y el aparecido de la sacristía eran una sola y misma persona.

Si Lucrecia hubiera sido mujer vulgar, resuelve las dificultades que al paso le salian, con resolucion pronta y suprema. O bien conoce que aquellas inquietudes nacientes provienen de un amor profundo y conjura toda tentacion y se aparta de todo peligro; ó bien, rindiéndose á los llamamientos de su naturaleza y á los gritos de su corazón, se entrega á todo el goce desenfrenado de su amor. Pero un alma de aquella ternura, de aquella delicadeza, naturalmente virtuosa, contraria á todo pensamiento y á todo propósito que no fuera purísimo, creíase incapaz de amar ni por un minuto al hombre con quien no pudiera unirse en lazo legítimo consagrado por la Iglesia y reconocido por la sociedad. De esta suerte el peligro mayor estaba en su propia inocencia y en la confianza que tenia de avasallar con su enérgica voluntad todas las asechanzas dirigidas á su virtud y á su honra. Pero lo cierto es que, despues de haber visto al artista, solo deseaba volver de nuevo á verle. Recreábase con verdadero recreo en traer á la fantasía sus palabras originalísimas sostenidas por ademanes imperiosos y expresivos de una voluntad incontrastable. Nada atrae y seduce al sexo débil como las cualidades morales propias del sexo fuerte: la decisión en las resoluciones, la firmeza en los propósitos, la fuerza en la voluntad, la energía en los sentimientos, el valor, todo aquello que contrasta con la debilidad, con la ternura, con la delicadeza, con las facultades propias de la mujer: que la naturaleza humana se divide por los sexos en dos naturalezas distintas pero necesitadas ambas de su mütuo y respectivo complemento. No cabe dudar-

lo, la naturaleza queria que el complemento del alma de Lucrecia se encontrase con el alma de Filippo; pero no lo queria la sociedad. Así es que en aquel supremo instante comenzaba el combate mas terrible que la pobre jóven sostuviera durante una vida tan desgarrada por desgarradores combates. Y comenzaba sin que ella misma ni lo presintiese, ni lo adivinase.

Al salir del coro encaminóse hácia su celda y tomó cierto tapiz que bordaba y que le servía para pasar algunas horas de distraccion en su apartado retiro. Con la flexibilidad propia de toda mujer, mil veces distrajera sus pensamientos y ahuyentara sus penas en ese trabajo tan peculiar de su sexo, pues no parece sino que el movimiento de la aguja sembraba en el frío lienzo gayas flores como las que el calor perfuma y la luz colora. Cuántas veces aquella variedad de matices, aquella riqueza de líneas, aquellas combinaciones de las sedas bastaban para absorberla en su trabajo y separar su memoria de todo otro recuerdo y de todo otro pensamiento su viva inteligencia. Y con amortiguar la memoria amortiguaba la intensidad de sus sentimientos, y con adormecer la inteligencia adormecía la exuberante vida de su agitado corazón. Al ver á Filippo ¡cuán variado todo! Así como en el coro no pudo rezar, en la celda no pudo bordar. Innumerables veces dió á la aguja direccion contraria á la señalada por el dibujo que tenia en frente; innumerables veces se pinchó los dedos por no mirar lo que hacía; innumerables veces se le cayó la cabeza sobre el pecho al peso de grave meditacion; innumerables veces se le deslizó el bordado de las manos al descuido natural que produce la indiferencia. La mujer necesita concentrarse sobre un solo objeto, y en cuanto muchos solicitan su cuidado, los descuida todos menos aquel que priva en su corazón y en su inteligencia.

Cuando más absorta estaba en esas contemplaciones sin objeto contemplado, la inerte puerta se abre con estrépito, el aire callado resuena con gritos, y Lucrecia se siente como sofocada por suspiros, besos, lágrimas, abrazos sin número y sin cuento que revelaban un verdadero delirio. Y era su dueña, de quien los lectores de esta historia no han podido olvidarse; su dueña, que tras largas é inútiles porfías consiguiera del airado padre permiso para ver á la ingrata hija, permiso del cual se aprovechó con la alegría y la premura que pueden adivinar todos cuantos hayan visto el amor á sus pupilas de esas viejas solteronas, privadas de todo otro cariño y que elaboran con la costumbre y con la necesidad de querer una especie de artificial maternidad en su pecho. No podriamos repetir sus trasportes, sus éxtasis, sus palabras incoherentes, sus abrazos sofocantes, sus sollozos profundos, sus carcajadas epilépticas, la mezcla confusa y la expresion desordenada de todos sus vivos sentimientos.

—¡Oh! ¡Qué hermosa! Gritaba. ¡Qué buena! Angel mio, hija mia, amor de mi corazón. Creí no ver jamás á mi palomita. ¡Y qué de penas!

¡Qué de angustias! No hacia más que entrar en el cuartito de costura y echarme á gemir y llorar como una Magdalena. Casi perdí la vista. ¡Tanto lagrimear! Si dura un día más esto vuélvome loca. El padre, más duro aún que la hija, se compadeció de mí. Y háme permitido este desahogo no sé por qué, por una de sus voluntariedades. Gracias, Virgen Santísima, gracias; Patrona de los afligidos, Madre de los desamparados, Luz de los ciegos, yo te prometo rezarte quince salves todos los días por espacio de quince meses seguidos, y decirte quince misas en quince iglesias distintas, el quince de cada uno de estos quince meses. ¡Oh! La masa se me hacia agria. Cada hora que pasaba sin ver á mi Lucrecia parecíame una eternidad. Luces á Santa Rita, abogada de los imposibles; novenas á San Antonio de Padua, abogado de los objetos perdidos; misas á Santa Cecilia, abogada de los músicos, á ver si cesaba la música de mis sollozos; ojos de cera á Santa Lucía, para que no cegasen mis ojos de carne al llanto y á la pena; romería á San Anton, á fin de que cuidase de mí que, al afligirme tanto, soy un animal, como cuida de los demas animales; ofrendas diarias á Santa Margarita, nuestra patrona, para que extendiese su manto protector sobre mi pobre hija; en fin, locuras, locuras, y más locuras. Pero veo buena á mi Lucrecilla y necesito dar gracias á toda la corte celestial. ¡Qué ojos tan grandes! ¡Qué labios tan sonrosados! ¡Qué cuerpo! No hay otro en toda Florencia, ni en toda Toscana. Y decir que pasa su juventud en este Convento como una monja, cuando debiera andar de castillo en castillo como una reina. Vamos, al pensar en esto, pierdo la chaveta y no puedo decir lo que pasa por mí. Y la Virgen Santísima se empeña en hermosearla cuanto más se empeña ella en ocultarse. Diamante escondido, perla del mar, yo quisiera verla en la corona de un rey, para lo que has nacido. Dejadme mirarla una, y cien, y mil veces. Dejadme que la abraza hasta ahogarla. Dejadme decirle toda la letanía de mis requiebros. Ahora que la miro con más espacio creo ver unas ojeras moradas que me afligen. Vamos. ¿Reconocerá su falta? ¿Se convencerá aquí, enterrada viva, de lo mal que ha hecho diciéndole nones á quien la ofrecia una corona? Necesita casarse. No hay otro remedio sino salir de aquí para ser feliz. Yo me iré con ella como el perro ó la perra que soy de la casa. Yo me pasaré la vida á su lado observándola con toda mi atencion y queriéndola con todo mi corazon. Pero que se case. No cometa la bellaquería de enterrarse viva en este Convento. Ha nacido para encantar el mundo y no para rezar en el claustro. Hija de mis entrañas: marido, hijos, palacio, eso, eso conviene; y nõ tocas y monjíos más tristes aún que el sayal de los muertos. Vámonos de aquí donde puedan verla todos los jóvenes de Italia, que se pirran por una mirada de esos ojos, y que se mueren por sus pedazos, desde que saben que en materias de amor le da un no cuando le pasa por la mollera, al mismo lucero del alba sin temor á ninguna amenaza, lo mismo que cualquier moceton de pelo en pecho. Vámo-

nos, Lucrecia, de aquí, pues cada minuto que pasa en este encierro tan parecido á los sepulcros.....

.....
—Calla, mujer, calla.

—Dime algo.

—¿Qué puedo yo decirte cuando tú lo dices todo?

—Piense el mundo entero cómo estaré reventando de palabras, con solo pensar que desde el día de la dichosa boda no he vuelto á decir esta boca es mia, ni á cambiar con persona humana un saludo.

—Dime, Brígida, cómo está mi padre? Consuélame un poco refiriéndome sus palabras.

—¿Sus palabras? Pues no le he oido decir oste ni moste á nadie. Ni que se hubiera quedado mudo. El otro día dijo algo, y no pude menos de contestarle: como veía con gusto que conservaba expedita la antes paralizada lengua.

—¿Dijo algo? Y debió ser de mí. ¿Luego se acuerda de su hija? ¿Luego no ha atribuido á desamor una separacion provocada por sus rigores? ¿Luego me quiere todavía?

—En lo testarudo se parece á su hija. Es de los que clavan con la cabeza un clavo en la pared. No ha pronunciado el nombre de Lucrecia ni una sola vez, ni una sola. Pero ha dicho con aire que hizo erizar el pelo en mi cabeza: al fin su honor y el mio no han padecido en nada. Si padecieran, entonces te juro que la mataría. Y dichas estas palabras no ha vuelto á pronunciar en mi presencia ninguna otra. Allí lo tienes rígido, tieso, mudo, sombrío, vamos, hecho un santo de palo.

—Pobre padre mio; hace bien diciendo que si faltase al honor de su nombre me arrancaría del pecho el corazon, hace perfectamente. Su hija moriría mil veces antes que claudicar.

—Pues ya lo creo. A vosotras las frias, cosa fácil no tropezar ni caer. Como que teneis temperamento de hielo, y por ende virtud corriente. Ya es otra cosa en las mujeres de mi temple. Quince veces nos tienta el diablo por día, y nos conservamos tan vírgenes como la madre que nos parió. Yo tuve vocacion de casada y no me he casado. Pero yo le dije á mi amo que su hija no tenia tal vocacion, que su hija nõ se casará nunca.

—Pues te has engañado, y te has engañado gravemente. Para mí la mujer no encontrará en el mundo felicidad comparable, á la que le está reservada en el corazon de su esposo y en la cuna de sus hijos.

—Buena prueba de eso ofrece, quien renuncia al mejor marido de toda Italia, en la iglesia de San Giovanni.

—Renuncié porque, si creo el matrimonio la primera entre las felicidades humanas, tambien creo que necesita ser sostenido por el amor. Las estrellas del cielo no resplandecen como los ojos del ser amado; los palacios

mayores no valen como los estrechos nidos del amor casto donde os rodean los brazos de un marido y os sonrien los labios de un hijuelo. En nuestro pecho ni la ambicion ni la avaricia pueden tener entrada. Un corazon verdadero de mujer solamente se abre al amor. Pero necesitase que sea el amor natural, verdadero, sentido; pues nada hay tan triste como vivir siempre al lado de una persona odiosa ó indiferente.

—Pero si tal crees, ¿cómo te encierras en un convento? Buena manera de buscar novio. ¿Quién es capaz de mojarse en una hoguera ó arder en una ría? Hay que dejarse de cuentos; los hombres se encuentran rodando por el mundo, y el casamiento resulta de los juegos de azar.

—¿Y dónde iba yo, rechazada por mi padre, desavenida de mi única familia, puesta en el duro trance, si queria reconciliarme con los míos, de forzosa conformidad con un matrimonio á mi corazon y á mi conciencia repugnante? Líbreme Dios de caer en una debilidad tras mi arranque de independencia. Si en este mismo sitio no encuentro antes de un año el hombre á quien yo ame por propia eleccion, me enterraré viva en este Convento. No vuelvo á mi casa.

—No quiero oirlo. El nacimiento de esta bendita muchacha le costó la vida á su madre; el matrimonio le va á costar la vida á su padre. Tiene el diablo suelto en su cuerpo. Se enamoricó de un fantasma, de un alma en pená, de un muerto á quien yo le hacia la señal de la cruz á cada momento. Y ahora espera un novio en la clausura de un convento.

—Dios proveerá.

—A Dios rogando y con el mazo dando. Si no pones algo de tu parte no caerá el novio de las vigas del techo. Fíate en la Virgen y no corras. Hay que compeler á Dios para que nos favorezca. Luego, la vida se pasa en un minuto, la juventud en un segundo. Cuando te vuelvas á mirar atrás te encontrarás vieja y fea. La que no aprovecha la primera ocasion se queda para vestir imágenes. Ya sabes que la ocasion la pintan calva. Y la pintan calva á causa de que solamente tiene un cabellito por donde cogerla. Con el primer novio presentable hay que apechugar á toda prisa.

—Brígida, me iba acostumbrando tanto al silencio del claustro, que me marea tu garrulería.

—Lucrecia, estaba de tal suerte mal con mi silencio de tanto tiempo que, rotas las compuertas, lo inundaré todo con el torbellino de mis palabras. Yo creo que al bueno de Butti nada le apenaria tanto como carecer de legitima descendencia. Los chiquillos, montados en escobas, con sus cascotes de papel á la cabeza, las cañas por espadas y lanzas, rodando en torbellinos por toda la casa, parécenme con razon la alegría de la vejez, y la esperanza brotando entre las canas como la flor entre espinas. Cruel será como una harpía quien, pudiendo, le prive de esa dicha. Si un ama de llaves fuera como una hija del alma yo te aseguro que mañana mismo me ca-

saba con el portero, con el sereno, con el sacristan, con el que más confianza me inspirara de poder convertir aquel caseron en una pajarera de vocingleros chiquillos.

—Brígida, las momias no paren.

—Ya lo sé. Pero yo no soy una momia, ni mucho menos. En la portería del Convento he topado con un fraile, cuyos ojos me han dirigido una mirada que ya, ya.....

—Por ventura ¿Fra Filippo Lippi?

—Justo, ese pintorazo que trae á mal traer á todas las muchachas de Florencia.

—¿Cómo?

Preguntó inquieta Lucrecia sin advertir que su misma inquietud la delataba.

—Este fraile se enamora de una escoba si á una escoba le ponen faldas.

—Brígida, no le maltrates así.

Y un sudor frio cubria la frente de Lucrecia.

—Vamos, no conozco hombre mas atroz.

—¡Brígida!

Dijo Lucrecia con voz angustiada.

—Yo no sé como en lugar de meterse á fraile no se ha metido á turco.

—Dime, Brígida, preguntó Lucrecia esforzando su voz y su palabra, dime cómo has dejado la casa. ¿Tiene alpiste y agua el gilguero? ¿El tapiz de Flandes que representa á Agar, saliendo de casa de Abraham, está todavía al frente de mi cuarto? ¿Aquel cojin de sedas, que dejé á medio concluir, ocupa el canasto de la costura? ¿Y el armario de Flandes, que mi padre me regaló, cubre el frente de mi camarín? Háblame de todos estos objetos á los cuales mi corazon se apega como el ave que recorre todo el espacio, á las pajillas de su nido.

—Hay para morir de pena contemplando tanto mueble rico por aquí, por allá, inservible, inútil, pues desde la fuga de quien llenaba aquello con su hermosura, seméjase á la iglesia sin santo. La cama, cubierta con cortinajes atorciopelados y de largas franjas; el aparador repleto de argentada vajilla; los tapices, tejidos con oro de Chipre; los linos de Reims, blancos cual manteles de altar, puestos sobre las multicolores alfombras de Persia; las largas túnicas de sedas orientales con botones de perlas finas; las arpas y los salterios en las paredes; los dados de oro y los ajedreces de marfil en las mesas; las altas sillas de roble esculpidas por Forrigiani y pintadas por Bicci, con guirnaldas y quimeras; el cofre gótico de boda rico en artisticas entalladuras y realzado por cuadros donde los santos de nuestra devocion se mezclan con los centauros á que tienen devocion los artistas; las cajillas marqueteadas primorosamente en Venecia; los reclinatorios de ébano; las telas bordadas de Ferrara; los encajes puestos sobre tiras de raso por la